

dáveres en tierra en los charcos de sangre coagulada.

Habia allí vencedores y vencidos; esto es, los primeros sin clemencia y los segundos sin esperanza. Unánime *Vae victis* resonaba en Europa. Lo que estaba sucediendo podía resumirse en una sola palabra, en una inmensa ausencia de compasión. Los furiosos mataban, los violentos aplaudían, los muertos y los cobardes callaban. Los gobiernos extranjeros eran cómplices de dos maneras distintas; los gobiernos traidores se sonreían, los gobiernos abyectos cerraban sus fronteras á los vencidos. El gobierno católico de Bélgica pertenecía á estos últimos. Desde el 26 de Mayo se precavó para no realizar una buena acción, anunciando en las dos Cámaras que los fugitivos de París estaban desterrados de las naciones y que el gobierno belga les rehusaba el asilo.

Sabiendo esto, el hombre solitario que vivía en la plaza de las Barricadas decidió ofrecer el asilo que los gobiernos rehusaban á los vencidos; el desterrado les ofreció hospitalidad.

En una carta que publicó el 27 de Mayo declaró que, ya que á los fugitivos se les cerraban todas las puertas, él les abría su casa, donde podían presentarse, donde serían bien recibidos, donde les ofrecería la cantidad de inviolabilidad de que pudiera disponer para sí mismo.

Después de obrar así y de dar su paseo solitario de costumbre, entró en casa, en la que todos estaban ya acostados. Subió al segundo piso y oyó al través de la puerta del dormitorio la respiración igual de los dos niños. Descendió al primer piso, entró en su gabinete y se apoyó unos instantes en la ventana, pensando en los vencidos, en los desesperados, en los fugitivos, en los actos violentos que cometen los hombres, y se quedó contemplando la celeste ternura de la noche.

Después cerró la ventana, escribió unos versos, se desnudó pensativo, dedicando un pensamiento de compasión á los vencedores y otro á los vencidos, y estando en paz con la conciencia, se durmió.

Le despertaron bruscamente. Entre sueños oyó un campanillazo y se incorporó en la cama. Prestó atención algunos segundos y creyó que llamaría alguno que se equivocaba de puerta; quizás el campanillazo fué imaginario, porque se oyen ruidos extraños entre sueños, y volvió á acostarse. Una lámpara alumbraba su cuarto. Al volver á

dormirse sonó un segundo campanillazo más fuerte y más prolongado. Esta vez ya no cabía duda: se levantó, se puso un pantalón y unas zapatillas, se fué á la ventana y la abrió.

La plaza estaba oscura, y como aun tenía los ojos empañados por el sueño, vió una sombra, se inclinó hácia ella y preguntó:—“¿Quién es?”

Una voz baja, pero clara, respondió:—“Dombrowski.” Dombrowski era uno de los vencidos de París. Unos periódicos anunciaron que le habían fusilado y otros que se había evadido.

El hombre que acababa de despertarse vió que á su puerta acudía un fugitivo, que habría leído la carta que se publicó por la mañana y que vendría á pedirle asilo. Se inclinó hácia la plaza, y entre la bruma nocturna distinguió debajo de él y cerca de la puerta á un hombre de baja estatura y ancho de hombros, que se quitaba el sombrero y que le saludaba.

Pensó en bajar y abrirle.

Al ir á cerrar la ventana, una piedra gruesa, violentamente lanzada, dió contra la pared, cerca de la ventana. Entonces vió con sorpresa en la plaza un hormiguero de vagas formas humanas que se agitaba al otro extremo. Comprendió su significación, al acordarse de que el día anterior le dijeron que si publicaba la carta corría peligro de ser asesinado. Otra piedra, mejor apuntada, rompió el vidrio de la ventana, pero no hirió al hombre, que se inclinó hácia la plaza y vió acercarse el hormiguero de sombras. Levantando la voz, gritó:—*Sois unos miserables!*

Cerró la ventana.

Oyéronse estos gritos frenéticos:—*¡Que muera! A la horca! Que muera el bandido!*

El hombre comprendió que ese bandido era él.

Creyendo que aquella podría ser su última hora, miró el reloj: eran las doce y media de la noche.

Abreviemos. Dieron un asalto furioso á la casa, como nuestros lectores verán más adelante. Figúraos qué despertar tan espantoso tendrían todos los seres que dormían en aquel edificio. Las mujeres se levantaron sobresaltadas, los niños lloraban de miedo, llovían piedras, el ruido que producían los vidrios y los espejos rotos es inexpresable. No cesaban los gritos de: *Muera! Muera!* El asalto se intentó tres veces y duró siete cuartos de hora, desde las doce y media hasta las dos y cuarto de la madrugada.

Lanzaron más de quinientas piedras en el gabinete, llovieron muchísimos guijarros sobre la cama, que sufrió una verdadera lapidación; sacaron de los goznes la ventana; en una palabra, hicieron un completo destrozo. Intentaron escalar la habitación tres veces y voceaban pidiendo una escala; trataron de dislocar las rejas del piso bajo; quisieron derribar la puerta de la calle, pero el hierro con que estaba forrada se lo impidió. Uno de los pequeñuelos, que era niña, estaba enferma! lloraba: su abuelo la había tomado en brazos, y una piedra que arrojaron á aquel pasó muy cerca de la cabeza de la niña. Las mujeres estaban rezando. La madre, valiente, asomada á la ventana de un cuarto retirado, pedía socorro; pero todos estaban sordos alrededor de la casa asaltada, sordera que producía el terror ó quizás la complicidad. Las mujeres concluyeron por meter en las cunas á los dos niños asustados: el abuelo, sentado cerca de ellos, les tenía cogidas las manos; el mayorcito, que era niño y que se acordaba del sitio de París, decía con voz temblorosa, al oír el tumulto de aquel salvaje ataque:—*Son los prusianos.* Durante dos horas fueron aumentando los gritos de muerte, y una muchedumbre desenfrenada se amontonaba en la plaza, de la que salía este clamor:—*Derribemos la puerta.*

Poco después de lanzar este grito se entrevieron vagamente, en una calle inmediata, dos hombres que llevaban una larga viga, á propósito para derribar las puertas de las casas sitiadas, y se dirigían hácia la plaza. Al mismo tiempo que llegaba la viga apareció el sol. El día es demasiado claro para cometer ciertas acciones y la multitud desenfrenada se dispersó. La aurora hace huir á las aves de rapiña.

## V.

¿Qué objeto me he propuesto al referir esos dos sucesos? Poner frente á frente dos modos diferentes de obrar, como resultado de dos diferentes educaciones.

De las dos multitudes, la que invade la casa número 6 de la plaza Real en París y la que sitia la casa número 3 de la plaza de las Barricadas en Bruselas, cuál es pueblo y cuál es populacho? ¿Qué multitud de las dos es vil?

Examinémoslas.

Una es andrajosa, sórdida; vá despedazada; es fiera; vive en cuevas ó en caver-

nas; es el oleaje de la tempestad humana; es el reflujo perturbador é indistinto del bajo-fondo popular; es la trágica aparición de rostros lívidos. Se compone de hombres que tienen frío y hambre. Cuando trabajan, casi viven; cuando huelgan, casi mueren; cuando les falta el trabajo les ocurren ideas siniestras, acurrucados en los agujeros, con los que José de Maistre llama sus hembras y sus cachorros, oyendo voces débiles y dulces que les piden pan. Habitan en una sombra que difiere poco de la sombra penal: cuando su hormigueo, en días fatales como en Junio de 1848, se esparce fuera de su sombra, el sombrío relámpago social sale de su asamblea tumultuosa; como carecen de todas las necesidades, casi tienen derecho á todos los apetitos; como padecen todos los sufrimientos, parece que tengan derecho á todas las cóleras.

La otra multitud, vista de cerca, es elegante y opulenta: se divierte á media noche; se compone de hombres que salen de los salones donde se canta, de los cafés donde se cena, de los teatros donde se ríe; parecen bien nacidos y van bien portados. Algunos de ellos llevan del brazo á deliciosas mujeres. Van vestidos como para ir á una fiesta; disponen de todo lo necesario, esto es, de todas las alegrías, y de todo lo superfluo, esto es, de todas las vanidades; en el verano cazan y en el invierno bailan; son jóvenes, y gracias á su edad no conocen aun el principio del fastidio, que es el término de los placeres. Todo les sonríe y les acaricia; nada les falta. Es el grupo de los dichosos.

¿En qué se parecen esas dos multitudes en los momentos que las estamos observando? En que están coléricas.

Los miserables sienten en su interior el sordo rencor social; los que sufren acaban por indignarse, porque son víctimas de todas las privaciones, mientras los demás disfrutan de todos los gozos. Los que sufren sienten en ellos las sanguijuelas de los parasitismos, y esta succión los agota. La miseria es una fiebre, y de ella dimanán los accesos ciegos de furor que, por odio á la ley transitoria, hieren al derecho eterno. Y llegan momentos en que yerran los que tienen razón; en que los hambrientos, en que los desheredados se rebelan tumultuosamente, tomando todo lo que les viene á la mano, fusil, hacha ó sable, y se arrojan contra cualquier obstáculo que se les presenta delante, y aunque sea en la República,

reclaman su derecho al trabajo, decididos á vivir y resueltos á morir. Desesperados, se entregan á todo trance á la batalla feroz. Si es una casa lo que se presenta ante sus ojos, la invaden, sin considerar que su dueño es amigo del pueblo; entran en ella, quieren saquearla; pero si una voz les grita: "El dueño de esta casa está cumpliendo con su deber," se detienen, callan, se descubren y se van.

Tras la rebelion de los pobres viene la rebelion de los ricos. Estos tambien están furiosos. Contra el enemigo? No. Contra un combatiente? Tampoco. Están furiosos contra una buena accion, accion sencilla, pero evidentemente justa y honrada. Tan sencilla, que si no la combatiera su cólera, no valdria la pena de ocuparnos de ella. Un hombre se atrevió á ser fraternal: en los momentos en que el mundo pensaba en los autos de fé y en las dragonadas, pensaba en el Evangelio, en la Samaritana; en los momentos en que todos se acordaban de Torquemada, este hombre se atrevió á acordarse de Jesucristo; habló en alta voz para realizar un acto clemente y humano; entreabrió una puerta de refugio al lado de la enorme puerta del sepulcro abierta; no quiso que se dijera que su corazon no era misericordioso con los que sufren ni su hogar inhospitalario para los que caen; en los momentos en que remataban á los moribundos quiso recoger á los heridos, porque el hombre de 1871 es el mismo hombre de 1848, y sigue creyendo que deben combatirse las insurrecciones cuando luchan y amnistiarlas cuando son vencidas; por eso cometió el crimen de abrir su morada á los vencidos y de ofrecer un asilo á los fugitivos: esto exasperó á los vencedores. Indigna á los dichosos que se defiendan á los desgraciados, y debe castigarse ese crimen. Y sobre una humilde casa solitaria, en la que se mecian dos cunas, se lanzó una muchedumbre arrojando gritos de muerte, teniendo la ignorancia en el cerebro, el odio en el corazon y las piedras en las manos. Si no pudo verificarse el asalto, no fué por culpa de los sitiadores; si no derribaron la puerta, fué porque la viga llegó demasiado tarde. Si no mataron á un niño, fué porque la piedra no pasó bastante cerca; si no asesinaron á un hombre, fué porque salió el sol.

Terminemos.

De las dos multitudes, ¿cuál es pueblo y cuál populacho? Entre los indigentes de Paris y los dichosos de Bru-

selas, cuáles son los miserables? Los dichosos.

El hombre de la plaza de las Barricadas tuvo razón para lanzarles á la cara esa frase de desprecio.

¿Qué diferencia hay entre la multitud de Paris y la de Bruselas? Una sola; la educación.

Los hombres son iguales en la cuna. Bajo cierto punto de vista intelectual, se encuentran en ellos excepciones, pero excepciones que confirman la regla. Fuera de estas, un niño equivale á otro. Lo que los desiguala más tarde es la nutricion. Hay dos clases de nutricion: la primera, que siempre es buena, la dá la leche de la madre; la segunda, que puede ser mala, la dá la enseñanza del maestro.

Por eso se necesita vigilar la enseñanza.

## VI.

Puede decirse que en nuestro siglo hay dos escuelas, que condensan y resúmen las dos corrientes contrarias que arrastran la civilizacion en sentido inverso; la una hácia el porvenir, la otra hácia el pasado; la primera de esas dos escuelas se llama Paris y la segunda se llama Roma. Cada una de ellas tiene su libro de texto: el de Paris es la *Declaracion de los derechos del hombre*; el de Roma es el *Syllabus*. Esos dos libros contestan al progreso: el primero le dice sí; el segundo le dice no.

El progreso lo constituyen los pasos que dá Dios. Las revoluciones, aunque las traiga el huracán, vienen por la voluntad superior: sopla sus vientos la boca divina.

A Paris lo representan Montaigne, Rabelais, Pascal, Corneille, Molière, Montesquieu, Diderot, Rousseau, Voltaire, Mirabeau y Danton. A Roma la representan Inocencio III, Pio V, Alejandro VI, Urbano VIII, Arbués, Cisneros, Lainez, Grillandus é Ignacio.

Despues de indicar las escuelas, fácil es distinguir á sus discípulos. Confrontémoslos.

Examinad á los hombres que nada poseen, á los que sufren todo el peso de la sociedad humana: el dia que pierden la paciencia, se sublevan y presentan la batalla. De repente en la embriaguez del combate se les presenta la ocasion de ser injustos y no la aprovechan. Poseen el instinto de la revolucion y la luz de la verdad; su cólera no traspasa la equidad, y dan al mundo civilizado el espectáculo sublime de ser moderados siendo opri-

midos y de ser buenos siendo desgraciados.

Examinad á esos otros hombres que lo poseen todo, que están arriba como los otros están abajo. Se les presenta la ocasion de ser cobardes y feroces y la aprovechan. Su principal jefe es el hijo de un ministro, su segundo jefe es hijo de un senador; entre ellos se encuentra un príncipe. Se juntan para cometer un crimen y llegan en su perpetracion hasta donde la noche se lo permite, y no es culpa suya el ser solo bandidos, porque su intencion era ser asesinos.

¿Quién ha educado á esos primeros hombres? Paris. ¿Quién ha educado á los segundos? Roma.

Repito que antes de recibir la enseñanza eran iguales. Los niños ricos y los niños pobres tuvieron en su niñez las mismas cabezas blondas, los mismos semblantes rosados. Ved cómo han cambiado ahora que son hombres; unos son compasivos, otros son bárbaros. Por qué? Porque su alma se abrió y saturaron su espíritu las influencias de dos centros diferentes; los unos han respirado la atmósfera de Paris y los otros la de Roma.

Todo depende del aire que el hombre respira. El hijo de Paris, inconscientemente, porque hasta el dia que exista la enseñanza obligatoria será ignorante, el hijo de Paris respira, sin saberlo y sin apercibirse, una atmósfera que le hace probo y justiciero. Esta atmósfera contiene toda nuestra historia; las fechas memorables, las acciones nobles, las obras útiles, los héroes, los poetas, los oradores, el *Cid*, *Tartuffe*, el *Diccionario filosófico*, la *Enciclopedia*, la tolerancia, la fraternidad, la lógica, el ideal literario-social, el alma inmensa de la Francia.

La atmósfera de Roma contiene la Inquisicion, el Indice, la censura, el tormento, la infalibilidad de un hombre, la negacion de la ciencia, la afirmacion del infierno eterno y el humo de los incensarios confundido con la ceniza de las hogueras. Paris forma al pueblo y Roma al populacho. El dia en que el fanatismo consiguiera hacer que Roma fuese respirable para la civilizacion, todo lo habríamos perdido: la humanidad volveria á entrar en la profunda noche.

La atmósfera de Roma se respira en Bruselas. Los hombres que se iban á apoderar de una casa en la plaza de las Barricadas son los discípulos del Quirinal; profesan tan fervientemente el catolicismo, que ya no son cristianos; son tan fuertes, que maravillosamente se han

convertido en reptiles; saben el doble itinerario de Mandrin y de Escobar; han estudiado todas las aventuras nocturnas, los procedimientos del bandolerismo y las doctrinas de la encíclica; serian *chauffeurs* (1) si no fueran jesuitas; que atacan perfectamente á una casa dormida; que utilizan su talento en servicio de la religion; que defienden á la sociedad como ladrones de camino real; que completan la oracion jaculatoria con escalamiento y fractura, y que prueban que les es fácil á los discípulos de Loyola ser plagarios de Schinderhannes.

Esos hombres son perversos? No; son imbéciles. Pero nacieron imbéciles? No; los han obligado á serlo, como acabamos de decir. Embrutecer es un arte. Los sacerdotes de los diversos cultos llaman á ese arte libertad de enseñanza, pero sin mala intencion; como ellos se sometieron á la mutilacion de la inteligencia, quieren practicar esta operacion, que ellos ya han sufrido. A que el castrador haga eunucos llaman enseñanza libre. Hubieran intentado hacer esta operacion á nuestros hijos si hubieran podido hacer vivir la ley, poco viable, que votó la Asamblea difunta. Los dos hechos históricos que acabamos de referir son una sencilla nota que ponemos al márgen de la referida ley.

## VII.

Quien dice educacion, dice gobierno: enseñar es reinar. El cerebro humano es una especie de cera que toma la forma del bien ó del mal, segun la maneja el ideal ó segun se apodera de ella una garra.

Educacion clerical quiere decir gobierno del clero. Esta clase de gobierno está ya juzgado. Es el que en la cumbre augusta de la gloriosa España levantó, como espantoso altar de Moloc, el quemadero de Sevilla; es el que superpuso á la Roma romana la Roma papal, ahogando monstruosamente á Catón con las manos de Borgia.

La dialéctica se rige por una doble ley; ve de lejos y estrecha de cerca. Los gobiernos clericales no resisten á ninguna de las dos formas de este raciocinio; desde abajo se ven sus defectos; desde arriba se ven sus crímenes. Extienden la garra sobre el hombre y la

(1) Partida de bandidos que se extendia por el N. y O. de Francia y por Bélgica, que obligaban á los habitantes de las casas que tomaban por asalto, para que les entregasen sus riquezas, á poner los piés sobre carbones encendidos.—(N. del T.)

pata sobre el niño. Escribe su historia Torquemada y la refiere Loriguet. En su cumbre está el despotismo y en su base la ignorancia.

## VIII.

Roma tiene muchos brazos; es la antigua *Hecatonchere*. Se creyó fabulosa esa bestia hasta el día en que apareció el pólipo en el Océano y el papismo en la Edad Media. El papismo, al principio se llamó Gregorio VII y esclavizó á los reyes; despues se llamó Pío V y aprisionó á los pueblos. La Revolución francesa le obligó á soltar su presa, y la victoriosa espada republicana cortó todas las ligaduras vivas que se enroscaban alrededor del alma humana y libertó al mundo de sus venenosos nudos; pero sus tentáculos se han retirado, y hoy otra vez salen de las profundidades los cien brazos de Roma y se alargan hácia los mástiles estremecidos del navío en marcha, cuya cogida podría hacer que zozobrase la civilización.

En estos momentos Roma domina en Bélgica, pero quien no posee á la Francia nada posee. Roma quisiera dominarla, y estamos presenciando el siniestro esfuerzo que hace para conseguirlo.

## IX.

Contra Francia se dirigen todos los poderes múltiples que consiguen salir del pasado: el espíritu de la monarquía, el espíritu de la superstición, el espíritu del cuartel y del convento, la habilidad de los mendaces y el susto de los ignorantes. Tenemos en contra nuestra la temeridad, el descaro, la audacia, el cinismo y el miedo. Solo de parte nuestra está la luz. Por eso venceremos.

Por extraño que parezca el momento actual, por sombrío que veamos su aspecto, no debemos desesperar. Las superficies nada significan; hay una ley moral que rige al destino, y existen las corrientes submarinas. Mientras el oleaje se agita, ellas trabajan. No se vé su trabajo hasta que salen de repente de la oscuridad, y lo desapercibido construye lo imprevisto. Sepamos comprender lo inesperado de la historia. Cuando el mal cree triunfar es cuando se hunde, cuando se amontona es cuando se derrumba.

## X.

Las Asambleas poseen un mueble que se llama la tribuna: cuando las Asambleas sean lo que deben ser, la tribuna se construirá de mármol blanco, como merece el pedestal del pensamiento y el altar de la conciencia, y habrá Fidias y Miguel Angel que la esculpan. Esperando ser de mármol, es de madera, y esperando ser pedestal y altar, es un mueble, como acabamos de decir. De este modo es menos embarazoso para los golpes de Estado, porque un mueble puede meterse en un granero. Eso es lo que le ha sucedido á la tribuna actual del Senado de Francia.

Es de madera de caoba, con pilastras de cobre dorado, como era moda en tiempo del Directorio, y en vez de esculpirla Miguel Angel ó Fidias, la esculpió Ruvrio. Es vieja, aunque parece nueva. No es virgen: fué la tribuna del Consejo de los antiguos, y presencié la entrada perturbadora de los granaderos de Bonaparte: despues fué la tribuna del Senado del imperio, desde el 18 Brumario hasta el 2 de Diciembre. Presenció el desfile de la elocuencia de los dos imperios; ha sustentado altas é inflexibles conciencias, primero al inaccesible Cambacéres, despues al infranqueable Troplong; ha visto sucederse la castidad de Baroche al pudor de Fouché; con cincuenta años de intervalo pudo comparar los dignos senadores Sieyes y Fontanes con otros senadores no menos altivos, como Merimée y Saint-Beuve. En ella han hablado Suin, Fould, Delangle, Espinasse y Nisard.

Esa tribuna tuvo ante ella un banco de obispos, en el que pudo sentarse Talleyrand, y un banco de generales, en el que se sentó Bazaine. Vió empezar el primer imperio por la ilusión de Austerlitz y terminar el segundo por la realidad de la desmembración del territorio. La han ocupado Jialin, Vieillard, Pelissier, Saint-Arnaud y Dupin, todas las ilustraciones. Presenció glorificaciones inauditas; la celebración de Puebla, el hosanna de Sadowa y la apoteosis de Mentana. Oyó á personajes autorizados asegurar que se salvaba á la sociedad, á la familia y á la religión ametrallando á los transeuntes del boulevard. Para limitarnos al último imperio, la han iluminado durante diez y nueve años la pléyada de todas las ignominias; ha oído una especie de largo cántico, sal-

modiado por devotos ateos lo mismo que por devotos católicos, en loor del perjurio, de la emboscada y de la traición; ha gozado de la inviolabilidad oficial; fué tan perfectamente augusta, que se aprovechó de esto para ser completamente inmunda; oyó á no sé quién confiar la espada de Francia á un aventurero, que no sabe por qué la humilló en Sedán; tuvo un estremecimiento de gloria y de alegría cuando se aproximaban las catástrofes; ese pedazo de caoba era próximo pariente del trono imperial, que, segun confesión de Napoleon, era de pino; otras tribunas se construyen para hablar; ésta estaba construida para ser muda, porque es ser muda callarle al pueblo el deber, el derecho, el honor y la equidad. Pero por fin llegó el día en que esa tribuna tomó bruscamente la palabra para decir la verdad.

Fué una de esas sorpresas que nos dá la lógica profunda de los acontecimientos, apercibirse un día que esa tribuna, que ocupaban sucesivamente todas las corrupciones adorando la iniquidad y todas las complicidades sosteniendo el crimen, estaba levantada para que la justicia subiese á ella, y que el 22 de Mayo de 1876, un transeunte cualquiera pusiese el pié sobre ese púlpito que hasta entonces solo habia servido al imperio, y que desatase el lenguaje de los hechos, y que convirtiese esa cumbre de la gloria imperial en la picota del César, y que desde la tribuna donde se habia entonado un *Te-Deum* al crimen, desmintiera este *Te-Deum* la conciencia humana, y desde el alto pedestal de la mentira resonase inesperadamente la verdad.

La sorpresa fué mayor, porque los dos imperios habian triunfado durante mucho tiempo, y el último se habia declarado providencial, esto es, casi eterno.

Reflexionen sobre esto los que conspiran actualmente en favor del despotismo. Cuando César muere, Pedro está enfermo.

## XI.

Paris vencerá á Roma.

Roma irá disminuyendo y Paris engrandeciéndose. No nos referimos á las dos ciudades, que las dos son igualmente augustas: nos referimos á los principios: Roma significa la fé y Paris la razón.

El alma de la antigua Roma vive en Paris; Paris tiene hoy el Capitolio; Roma no tiene más que el Vaticano.

Paris está dotado de las virtudes de los antiguos caballeros andantes; no tiene miedo y es irreprochable. Que no tiene miedo, lo prueba ante el enemigo, y que es irreprochable, lo prueba ante la historia. Algunas veces se encoleriza. Como los grandes vientos, las cóleras de Paris sazonan. Despues del 14 de Julio no existe ya la Bastilla; despues del 10 de Agosto no existe ya la monarquía. Justifica esas tempestades haber extendido el azul del cielo.

Paris no comete ciertas violencias. La historia asegurará, por ejemplo, que lo que se reprocha al 18 de Marzo no debe imputarse al pueblo de Paris; la sombría culpabilidad debe repartirse entre muchos hombres, y la historia juzgará de qué parte partió la provocación y el modo cómo la reprimieron. Esperemos la sentencia de la historia. Esperándola, á cualquier partido que pertenezcamos tenemos que cumplir obligaciones severas; no las olvidemos.

El hombre siente en su interior á Dios; esto es, la conciencia; el catolicismo retira la conciencia al hombre é introduce en su alma al sacerdote en el sitio que debia ocupar Dios; este trabajo se verifica en el confesionario; repetimos que hacen sustituir el dogma á la razón, de lo que resulta la profunda esclavitud de creer en el absurdo; *credo quia absurdum*.

El catolicismo convierte al hombre en esclavo, la filosofía le hace libre; por eso tiene mayores deberes que cumplir.

Los dogmas son, ó andadores ó muletas. El catolicismo trata al hombre unas veces como niño y otras como viejo. Para la filosofía, el hombre siempre es hombre. Ilustrarle es emanciparle. Emanciparle de lo falso es sujetarle á lo verdadero.

Plácenos decir la verdad desnuda.

## XII.

Todo lo que aumenta la libertad aumenta la responsabilidad. Es grave la situación del hombre libre; la libertad pesa, y todas las cadenas que quita al cuerpo las añade á la conciencia; en la conciencia, el derecho cambia y se convierte en deber. Hemos de obrar con precaución, porque vivimos en tiempos exigentes; hemos de responder de lo que fué y de lo que será; tenemos detrás de nosotros lo que hicieron nuestros padres, y ante nosotros lo que harán nuestros hijos; á nuestros padres debemos rendirles

cuentas de su tradicion, y á nuestros hijos de su itinerario; debemos ser los continuadores resueltos de los unos y los guías prudentes de los otros. Seria pueril ocultar que un trabajo profundo se verifica en las instituciones humanas y que se preparan transformaciones sociales. Tratemos que esas transformaciones sean serenas y que se verifiquen en la parte alta y en la parte baja de la sociedad con fraternal y recíproca aceptación. Reemplacemos las conmociones con las concesiones. Este es el modo de que la civilizacion avance. El progreso consiste en verificar la revolucion amigablemente.

Ya seamos legisladores, ya ciudadanos, obremos con mucha prudencia; seamos benévolos. Curemos las heridas, extinguamos las animosidades suprimiendo el odio y suprimiremos la guerra; no provoquemos ninguna tempestad: el 93 fué

un furor necesario, pero desde entonces las violencias ya no son útiles ni necesarias; acelerar la circulacion perturbaria hoy. Nos basta con la dificultad de penetrar en lo desconocido. Soy de los que esperan en él, pero para que no se disipe esta esperanza creo que es preciso emplear toda la cantidad de pacificacion de que dispongamos. Obremos con la bondad viril que es propia de los fuertes. Pensemos en lo que está hecho y en lo que falta por hacer; tratemos de llegar por pendiente-suave adonde nos proponemos; calmemos á los pueblos con la paz, á los hombres con la fraternidad y á los intereses con el equilibrio. No olvidemos que somos responsables de la última mitad del siglo diez y nueve y que estamos colocados entre el gran ayer, la revolucion de Francia, y el gran porvenir, la revolucion de Europa.  
Paris, Julio 1876.

## PRIMERA PARTE

REGRESO Á FRANCIA DE LA EXPULSION DE BÉLGICA

## PARIS

### I.

#### Entrada en Paris.

El 4 de Setiembre de 1870, cuando el ejército prusiano, victorioso, se iba á lanzar sobre Paris, se proclamó la República; el 5 de Setiembre entró Víctor Hugo en dicha ciudad, de la que habia estado ausente diez y nueve años. Para que su entrada fuese silenciosa y solitaria, fué en uno de los trenes de Bruselas, que llegan á Paris por la noche. Entró á las diez, y numeroso gentío le esperaba en la estacion del Norte. Dirigió al pueblo la siguiente alocucion:

“Me faltan palabras para decir hasta qué extremo me conmueve la cariñosa acogida que me dispensa el generoso pueblo de Paris.

Ciudadanos, ya os lo dije: el dia que la República entre en Francia, entraré yo tambien, y aquí me teneis. Dos objetos grandes me atraen; el primero la República, el segundo el peligro.

Vengo á cumplir mi deber.

Cuál es mi deber? El vuestro, el de todos.

Defender, guardar á Paris.

Salvar á Paris es más que salvar la Francia, es salvar al mundo.

Paris es el centro mismo de la humanidad. Paris es la ciudad sagrada.

Quien ataca á Paris, ataca en masa á todo el género humano. Paris es la capital de la civilizacion, que no la constituye un reino ni un imperio, sino todo el género humano en su pasado y en su porvenir. Paris es la ciudad de la civilizacion, porque es la ciudad de la revolucion.

A semejante ciudad, que es un foco de luz, que es el centro de los espíritus y de los corazones, que es el cerebro del pensamiento universal, puede violarla, tomarla por asalto y destruirla una invasion salvaje. ¡No puede ser; eso no será jamás, jamás, jamás!

Ciudadanos, Paris triunfará, porque representa la idea humana y porque representa el instinto popular, y el instinto del pueblo está siempre acorde con el ideal de la civilizacion.

Paris triunfará si yo, y vosotros, y todo su pueblo formamos una sola alma, un solo soldado y un solo ciudadano; ciudadano para amar á Paris y soldado para defenderle. Con la República unánime, Paris triunfará.

Os agradezco en el alma vuestras aclamaciones, y las dedico á la gran agonía que destroza las entrañas de la patria en peligro.

Solo os pido que tengamos union, que estando unidos venceremos.

Ahogad todos los odios, olvidad todos